

acostado y vuelta la cara hacia el sol; actitud clásica de las víctimas inmoladas á los dioses infernales.

«¡Está tranquilo; está tranquilo! ¡Nosotros te procuraremos toros y terneras! ¡Que todos los pecados te sean perdonados! ¡Ve sin temor, jamás te faltará leche para beber!»

En el último instante se corta una guedeja de la cabeza, envuelta ya por el humo. Y las mujeres se cortan también mechones, gritan, aullan y se lamentan de dos en dos, frente con frente.

Hasta allí se conducen una ó dos vacas; hombres y jóvenes se ponen por detrás, las cogen por los cuernos, las atraen y rechazan á tirones, las apalean y muelen á estacazos, y acaban por matarlas sin otras armas que los palos nudosos. Los pobres animales, tratados hasta entonces con afectuosa mansedumbre, resisten como pueden, llegan alguna vez á coger con sus cuernos, á patear alguno de los atropelladores, que no por eso dejan de gritar y golpear, ebrios de ruido, de tumulto y confusión. Y cuando la desgraciada bestia acaba de sucumbir, se precipitan todos sobre su cuerpo deformado y acarician el cuello de la víctima, su panza deshecha, su cabeza llena de heridas; los bárbaros parece ahora que no han tenido nada en el mundo que les fuese más querido.

Durante el atropello del infeliz animal el cuerpo ardía. Los fragmentos del cráneo, los huesos calcinados, se depositan en un pañuelo, juntamente con la guedeja que se le cortó, para ser suspendido todo en un pilar de la casa. Alrededor de esas reliquias flotará en lo sucesivo el fantasma de un dios tutelar.

Las joyas de oro y plata se extraen de las cenizas y se llevan á casa: el alma que acaban de abandonar, el espíritu eterno ya habrá recogido la parte inmaterial. Los residuos sin valor, las fruslerías sin mérito, los brazaletes torcidos, los cuchillos sin empuñadura, los

anillos de hierro, van con las cenizas á la fosa, que se cubre en seguida de tierra. Se pone una piedra encima y sobre ella se rompe una botija. El Palal cierra la solemnidad arrojando un puñado de grano sobre el todo, tomando el camino del establo, su santuario, por entre la muchedumbre que le abre paso. Después de eso, cada cual se inclina, toca la piedra con la frente y se marcha. Cuando la asistencia está fuera de la vista aparecen los cotas, que esperan con impaciencia el momento de despedazar los restos.

En lo sucesivo, nunca que se hable del difunto se pronunciará su nombre. El cobertizo construido para la cremación será destruido si ha sido levantado para una mujer. Será conservado, y nadie lo tocará, si ha servido para un hombre.

La primera ceremonia se denomina la de los «Funerales Verdes», porque se celebra con carnes aun frescas. Los «Funerales Secos», los de los huesos, tienen lugar con varios cadáveres á la vez. Se queman los objetos de uso personal: botes para leche, bastones, ropas y también los modelos de flautas, arcos y flechas — decimos modelos porque los todas hace mucho tiempo que han abandonado el uso de esos instrumentos. — Llevan los pañuelos en los que conducen los restos calcinados, y ponen el contenido de todos en un gran ropón: los despojos de cada muerto están separados en una alorza; tantos muertos, tantos pliegues en el mantón. Luego el mantón será colgado á la puerta del Templo Establo. Los muertos entran así á formar parte de las divinidades protectoras de la tribu.

A esos manes se les sacrifican vacas; una al menos por individuo. En otro tiempo se sacrificaban hasta cuarenta por individuo; pero las autoridades británicas han prohibido la inmolación de más de dos vacas por hombre muerto. El hocico de cada animal sacrificado se pone en contacto con el ropón mortuario; la



vaca espirada lanza su último aliento sobre los despojos del que fué su amo.

Los osarios, altos de unos doce pies, contruídos con paja en forma de embudo, no se parecen en nada á los antiguos monumentos funerarios diseminados por la comarca, cromlechs druídicos y círculos de piedras, llamados por los todas *phius* — de una palabra que significa urna ó bote, — y por los otros indígenas *Pandou Kols*, las Tumbas de los Pandous. Debajo de grandes losas encuéntranse cenizas, carbones, puntas de lanza y de flecha, á veces piezas de oro, tierras cocidas representando diversos animales, tales como pavos reales, bueyes, tigres y antílopes.

La gran precaución del muerto ha consistido en marcharse seguido por algunas vacas de las que beberá la leche. Y los misioneros hablan socarronamente de esas almas tan materiales que comen y beben; preguntan algunos si esas vacas se adelgazan y si los gusanos se ponen en el queso. Estas objeciones de gusto discutible, conturban á los pobres todas, que, no sabiendo qué decir, acaban por protestar:

«¡ Todo eso es farfulla! Hace ya mucho tiempo que los padres han enseñado lo que debemos creer y á ello nos atenemos. En el otro mundo se vive como aquí, seguramente. Nacer no es cosa fácil, pero una vez se ha empezado á vivir, hay que continuar.»

Los convertidores insistían; pero los interlocutores contestaban terminantemente:

«Vuestras progagandas nos fastidian. Vale más no pensar en nada y estar tranquilos. ¡Basta ya!»

No teniendo otra ocupación que la de cuidar sus rebaños y la leche, los todas se gratifican con una inmortalidad bien feliz: pastores indolentes, por fértiles praderas y verdes parajes, soberbios toros rojos y hermosas vacas blancas. La muerte, dicen ellos, no es más que un paso, la segunda vida no difiere en

nada de la primera. Am-Nor, ultratumba, es una comarca en todo parecida á los Nilgherris, con la sola diferencia que se extiende hasta más lejos (1), que las hierbas son más altas y más robustas las reses. Entre el presente siglo y la eternidad, hay un momento común, el paso á la otra parte, la muerte; entre el mundo terrestre y las regiones del otro mundo, existe un punto de contacto, el Makourte, ombligo de la Tierra, pilar del Firmamento. Es un picacho que sube hasta el cielo y domina una llanura inmensa. Sobre su cúspide en plataforma se reúnen las legiones de almas, á las que la ceremonia de los Funerales Secos ha desligado completamente de la tierra. Desde la eminencia del precipicio, las pobres lanzan ojeadas sobre las praderas, donde pacen tranquilamente los felices rebaños, dirigen la última mirada á la aldea, cuyos humos suben por entre los bosquecillos de árboles, ven por vez postrera la casita querida ante la cual los ternerillos, perros y niños se distraen, corren y saltan en confusión... El sol desciende, se hunde en los esplendores dorados de Occidente. Después de él, las almas dan un salto; desde el picacho se lanzan al abismo, ruedan por las profundidades vertiginosas hasta que una nube detiene su caída. Remóntanse por los aires inmensos, nadan por entre las ondas aéreas, resbalan por un plano surcado de rayos, abordan las nubes blancas y rosadas, islas flotantes en otro Océano azul, alcanzan el astro glorioso y desaparecen detrás de las brumas violáceas.

En la Polinesia, cuenta Wyatt Gill, las almas de los guerreros se arrojan también desde lo alto de una roca

(1) *Am-Nor*, *Huma-Norr*, el Vasto País. Cfr. el Hadés Eurinomo con un Euridice por soberano.



vertical y van á juntarse con el brillante cortejo de los espíritus, acompañando al Sol magnífico en su descenso hacia Hawiki, lugar de felicidad, jardín de las Hespérides.

Y desde las nebulosas de la Vía Láctea, el bravo toda distingue perfectamente los rebaños de toros que pacen tranquilamente por las praderas celestes sembradas de estrellas. Homero y Hesiodo conocían también la llanura esmaltada de asfodelos, en donde de edad en edad, de siglo en siglo, la Cabra Amaltea, el Cordero con toisón de oro, Io, la más hermosa de las teneras, y el toro de Júpiter, abrillantaban las flores estrelladas de la Noche, guardadas por el boyero de los mil ojos, Argos, que los envuelve con su triste y eterna mirada.

Los pastores de los Nilgherris se absorben tanto en las preocupaciones del establo como en las de la familia. Los animales, con los que viven en relaciones de intimidad constante, les comunican no poco de su fisonomía y manera de sentir. El mismo aspecto dulce y pesado, la misma gravedad, la misma flemma pacífica con rayos de súbita cólera, la misma calma con asomos de ferocidad. La voz sorda, profunda y pectoral, imita en ocasiones los berridos, ronquidos y mugidos. El dialecto es bastante gutural para agradar á los gañanes de Schwytz y á los boyeros de Uri y á los «vaqueros de las Colombetas».

La pequeña humanidad que habita en las alturas de los Nilgherris, ha nacido de la Vaca, mama en su pecho maternal. Bruzar las vacas, ordeñarlas, mazar la leche en el odre, hacer manteca, ¿existen más nobles ocupaciones? ¿Puede haber para los ojos más agradable espectáculo que el de contemplar esos grandes y

dóciles animales? Si no es posible aproximarse á ellos, se los mira de lejos; se los rodea de un respeto admirativo que llega á la adoración. El vaquero los guía y acaricia con una varita larga y delgada, ha encontrado un lenguaje *bufalénico*; «habla en búfalo», dice Marshall:

«Quitadles la vaca, y de repente toda su sociedad se disgrega y hunde. Los cuidados devotos de que rodean á sus rebaños, es su culto y su religión. El toda ensueña como las vacas... Observadle bien, su mirada vaga, su actitud distraída; coge una rama bifurcada, la curva, la redondea en forma de par de cuernos. Al anochecer los mozalbetes vuelven de apacentar el rebaño con varios ejemplares de esos cuernos, para lo cual han trabajado todo el día.»

¡Extraños luego de que la Tierra, madre de los humanos, de ubres fecundas, haya sido adorada en forma de vaca! Los pueblos agricultores tienen la religión del toro, los pastores la de la vaca y la oveja.

«Glorioso Júpiter, el más grande de los Olímpicos, tú que encuentras placer en los excrementos de oveja, que te regocijas hundiéndote en el fiemo de los caballos y de los mulos...» cantaba un Orfeo (1) al tiempo que Homero celebraba los divinos porqueros (2). Ese culto hacia los bovinos no ha desaparecido entre nosotros — sin hablar del Vellocino de oro. — Cualquiera de nuestros buenos campesinos llamará al veterinario para su vaca indispueta, antes que el médico para su mujer enferma. En una escuela académica de Appenzele, un inspector de viaje de revisión interroga á un rapazuelo de cara inteligente:

«—Mi pequeño amigo, ¿sabes qué religión se profesa en el distrito, conoces sus doctrinas y prácticas?»

(1) *Fragmento Orphei*, ed. Hermann.

(2) *Odiseas*.



«—Sí, señor Inspector; la de la cría de vacas y producción de queso.»

Cada aldea toda posee su rebaño sagrado que conduce, no un buey manso, sino «la vaca del cencerro».

Ni la talla, ni la belleza, ni la calidad de la leche han sido motivo de tal distinción, sino la descendencia en línea hembra de una vaca ilustre, venida del Paraíso. Eso es la encarnación de Hiria Deva, aun vieja, seca y enferma, jamás será desposeída de la realeza que simboliza el cencerro colgado á su cuello. La vaca *maestra* muere sin posteridad, una ternera le sucede, salida igualmente de un establo divino. La consagración se hace por el sacerdote, quien, mañana y tarde, durante tres jornadas consecutivas, suena el cencerro antes de colgarlo al cuello de la heredera. Y con voz grave y acariciadora la dice:

«¡Cuán hermosa fué tu madre!

»¡Cuánta leche dió ella! ¡No seas menos generosa! En lo sucesivo tú serás entre nosotros una divinidad. No consentas que los establos decrezcan. ¡Pare mil novillos y vacas!»

El principio arcaico de la filiación maternal, ha sido entre los todas mejor conservado en la familia divina que en su familia civil, en la que no ha dejado sino huellas indistintas. Entre los terneros de sangre divina, los que se distinguen por su vigor y bello aspecto, se conservan para producir cría; jamás los dan á los cotas en pago de servicios recibidos, pues sería impío vender tan nobles seres. Tantos cuidados, tan solícitas atenciones, han producido una hermosa raza; el ganado toda, de mayor corpulencia que el de la llanura, produce mejor leche y su piel es muy buscada. Antes de presentar el toro garañón á sus futuras compañeras, le hacen pasar veinticuatro horas ayunando en un encierro; lo purifican y lo sacramentan. El respeto y consideración de que es objeto el príncipe con-

sorte no es más que un reflejo de la majestad que rodea á sus esposas, y muy especialmente á la Reina Madre, guía del rebaño. En esto nos encontramos en pleno matriarcado: la hegemonía es de las hembras.

Una pequeña aldea, haga cuanto pueda, su vaquería será siempre pequeña; pero los pueblos importantes disfrutan de establos que son su gloria. La tribu entera posee un rebaño central, santuario de la nación, especie de vértice hacia el cual convergen hasta sus recuerdos y sus esperanzas. La comunidad se siente orgullosa de sus apriscos y lecherías, son sus catedrales y sus iglesias metropolitanas; muchos de esos centros poseen reliquias traídas del Am-Nor directamente, cuya vista ha sido sorprendida por la curiosidad sacrilega de los europeos: cencerros sin badajo, cacharros para la manteca, jarros con asa de madera, azuelas y hachitas. Detenido á distancia, el pueblo jamás ha contemplado esos arcanos, hacia los que siente profunda veneración. Vacas, dioses y cencerros, los ha reunido en una sacrosanta trinidad, más misteriosa que la nuestra, de la que hace una sola y misma hipóstasis, no distinguiendo nada ni queriendo distinguir. El animal y la divinidad, el cobre, el sacerdote y el boyero, todo reunido se llama DER. Símbolo, sacramento, especie, signo y cosa significada, el fiel los engloba y mezcla con un solo nombre, los confunde en el mismo acto de adoración, se prosterna y no piensa más. El toda es demasiado religioso para ser dogmático. En efecto, el dogma, producto intelectual, es de índole distinta al sentimiento religioso. Pretencioso y torpe, el dogma hace intervenir á la lógica; pretende sistematizar la intuición mística y definir lo indefinible; se abroga el derecho de limitar lo eterno y define lo infinito con fórmulas mezquinas. La creencia de nuestro pastor es demasiado sencilla, demasiado sincera, para que él la analice. Su fe, simple é íntegra, no la



ha encerrado en restricciones y negaciones; se desborda y jamás él ha dicho: «Hasta aquí, y no más lejos.» ¿Qué le importa á él el por qué ni el cómo?

Ante la choza que encierra el tesoro sagrado, acuden para terminar sus disputas, para hacer declaraciones solemnes, que valen tanto como todas las firmas, rúbricas y escrituras otorgadas ante escribano y notario. No pueden comprender que sea posible faltar á la palabra dada ante un santuario, de donde les proviene cotidianamente la bebida y la nutrición; ante la Gran Lechería no se atreverían á tener conversaciones ociosas. ¿En la Edad media no juzgaban también las disputas ante la puerta de los lugares santos? Hoy aun se sitúa en la puerta de la catedral de Valencia el tribunal de las aguas, cuyos fallos no se sabe que hayan sido infringidos desde siglos y siglos.

Los ecónomos de esas iglesias-lecherías pertenecen á varias órdenes, pero son todos pastores en el sentido literal. Han salido de la casta sacerdotal de los Peikis, «hijos de Dios», nazarenos á los que les está prohibido afeitarse y cortarse el pelo. Esos ministros del «Muy Alto» no deben su función á ningún estudio superior, á ningún secreto de magia ó hechicería. Su religión, desprovista de misterios propiamente dichos, carece de doctrina esotérica; sus fieles no le han hecho ningún cuerpo de tradición, ninguna Leyenda Dorada.

Los ritos son de todo el mundo conocidos, pero para ejercerlos necesitan los sacerdotes una investidura que les asegura un respeto inviolable. De los sacerdotes, aun que estén ausentes, no se habla sino en voz baja, se les designa por sus títulos y funciones, jamás por el nombre con que eran conocidos antes de entrar en las órdenes. Sus padres no les dirigen la palabra sino

prosternándose; nadie sería osado de tocar sus utensilios y vestidos, por muy sucios que estén. Un niño no debe acercarse á ellos, su aliento empañaría la pureza del cura. Si, por casualidad, salen del santuario, quien los encuentra debe huir corriendo, ó bajar los ojos humildemente hasta que hayan pasado. Con objeto de consagrarse á sus deberes sin ninguna preocupación profana, se les impone el celibato, tan riguroso como el de los grandes sacerdotes en las pagodas indostánicas; las mujeres se detienen á respetable distancia: lo menos cien pasos.

No obstante, cuando los grandes trabajos del día han terminado, se permiten alguna distracción, la puerta se entreabre hacia el mundo, de otro modo esas pobres víctimas del deber caerían en la idiotez. Por las tardes se deleitan oyendo á los ciudadanos que, sentados ó en cuclillas en la proximidad, tratan las cuestiones públicas. Pero los augustos personajes se cuidan bien de no intervenir en las discusiones. El *Palal* ó «Gran Lechero», pontífice supremo, guarda escrupulosamente las distancias, hasta en frente de los acólitos; su segundo, el *Kavilal*, vaquero ó pastor, no se atreve á dirigirle la palabra, le asiste con extrema reserva. A su vez el *Kavilal* recibe los respetos de los *Palkarpals* ú ordeñadores, de los *Vorchals* ó encendedores del fuego, de los diáconos, pertigueros y mayordomos, que viven también en riguroso celibato, pero que tienen algunas relaciones fuera de la lechería.

Al *Palal* se le tiene, no por un hijo de Dios, sino un Dios mismo; sí, por un Dios en persona. Antes de ser elevado á divinidad, el infeliz ganapán no tendría tal vez qué llevarse á la boca. Pero en cuanto empuñó el palio y bebió el licor sagrado, subió por encima de la humanidad. Durante la semana de su iniciación, medita sus futuros deberes escondido en el bosque, al borde de un arroyo. Durante tres días y dos



noches permanece completamente desnudo, despojándose con sus vestidos de todos sus afectos terrestres y de todas sus preocupaciones mundanas. Si hiela por aquellas alturas, peor para él. Pero, no obstante, la segunda noche le está permitido, y hasta recomendado, encender un pequeño fuego por medio de la frotación de maderitas. Cada tarde, el Kavilal, ó Gran Vicario, le lleva desde los atrios sagrados una taza de leche. Con un cortante de sílex, el futuro Palal corta algunas ramitas de un arbusto sagrado, el tudo (1). Al mismo tiempo que recita *mantras* ó encantaciones, comprime la corteza, exprime su jugo, se moja el cuerpo, mezcla la savia con agua, levanta el brebaje hasta la frente y luego lo sorbe. Por la mañana, al mediodía y por la tarde, se frota con la corteza húmeda y se baña en agua clara. Después de haberse penetrado durante una semana del licor vegetal, que nosotros tenemos por un sucedáneo del maravilloso *soma*, el Palal es definitivamente transmutado; su carne está purificada, y la ambrosía del tudo hace correr por sus venas el *ichor* ó sangre divina. Circunstancia digna de tenerse presente: el Palal no recibe la investidura de nadie, ni siquiera de un predecesor; ese dios no proviene de nadie, se ha hecho sagrado él mismo.

Los cotas, para las pocas reses que les está permitido criar, siguen la escuela de los todas. Su Gran Lechero debe la aureola que rodea á su persona al cinturón ó diadema que se ha fabricado deshaciendo en hilas los trapos de un vestido llevado por el augusto Palal. Además se ha bañado y frotado siete veces con la savia de siete arbustos diferentes, de la que cada vez ha bebido algunas gotas, impregnándose de sus virtudes, tanto por dentro como por fuera. ¿Pero qué

(1) *Meliosma Simpliciifolia*. Alias, Mellingtonia.

nos hace el discípulo? Pongamos toda nuestra atención en el maestro.

Dios, que tal ha venido á ser el Palal, pero no para descansar en indolente holgazanería, tiene que ordeñar las ubres sagradas de vacas numerosas, ha de extraerles el blanco jugo por la mañana y por la tarde. Tiene, para que le asistan, los Kavilals, los Vorchals y Pal-karpals. Ordeñar es su ocupación casi exclusiva; pero téngase presente, una vez más, que los todas lo toman por el Ser Supremo. Decimos Supremo, porque así lo han querido ellos, en carne y hueso, con el fin de no perderlo de vista, encontrando muy poco prácticas las divinidades translunares que, no escuchándonos siempre que queremos, hacen lo que les viene en gana. Cuidándose bien poco de un dios impersonal, ser puramente imaginativo, metafísico y nada más, se han proporcionado un dios de su raza, que es carne de sus carnes, hueso de sus huesos, Dios Hombre y Hombre Dios.

Por su mediación, el pueblo vive en buenas relaciones con el Sol, la Luna y los Vientos, habla con las potencias celestes, con las de la Tierra y del Am-Nor, invisibles pero siempre presentes. El Palal se pone en comunicación con ellas. Cuando él se despierte de su sueño — pues duerme como todo el mundo, — cuando se ha levantado de su cama, decimos nosotros, saluda á la Naturaleza y le dice: «¡Buenos días!» Calmoso y tranquilo, dirige á su alrededor la mirada pacífica del ser que goza de Ojo Providencia. Gracias á los rayos que emanan de su frente, los terneros prosperan, los cuernos endurecen, los pechos respiran, crecen las buenas hierbas y maduran en los árboles las frutas. El gran mascoto se lava las manos y la frente — buen ejemplo, — se frota los dientes con la mano izquierda — todas, simples mortales, con la mano derecha, — luego transforma una hoja en lámpara de cinco luces, que él enciende después de haberla llenado con manteca



clarificada. ¿Por qué? Para invitar á su hermano el Sol á dar su luz al mundo. Cumplido ese deber, coge... ¿un tridente? ¿los cuadriellos del rayo? No, una varita blanca, delgada y frágil, cetro pacífico, toma una herrada ó un balde y se dirige á las vacas que puestas en línea le están esperando ante la puerta. El Palal tiende su varita (la Westfalia y la Normandía tienen aún viejos campesinos que cuentan maravillas de cierto palito de serbal ó de enebro con los que hay que «tocar» las vacas cuando están enfermas), el Palal pasa lentamente sobre los cornúpetos su pértiga que él recorre de derecha á izquierda.

Cuando vuelve con sus herradas llenas, bebe en honor de los dioses, sus compañeros y amigos hace también libación por la Tierra benigna; luego rocía cada uno de los cencerros. Esos cencerros venerandos venidos del Am-Nor están en relación simpática con el animal que los lleva: teniendo del líquido precioso mayor cantidad que pueden contener, las tetas deben hincharse hasta desbordar.

Demos gracias á esos excelentes todas por haber erigido ante nuestros ojos la imagen de un «Dios que vive con los hombres y marcha ante su vista». A ese dios le han hecho pastor, siendo pastores ellos mismos. Dioses distintos no han faltado: malos y terribles, devoradores de hombres y bebedores de sangre; degolladores y exterminadores. Algunos de ellos hasta se ocuparon en trabajos útiles: entre los cuales algunos agricultores, como el viejo Saturno, alfareros como Kneph ó forjadores como Ilmarien. El Dios preconizado por Juan Jacobo Rousseau, ciudadano de Ginebra, es un relojero, que ha establecido el mundo al modo de un cronómetro. Pero el Dios lechero, fabricante de queso y de manteca, es concepción original.

Los soberanos que reinaban sobre el Nilo fueron otras tantas «epifanías» ó apariciones divinas. Bajo el Imperio romano, los artistas daban á los dioses y diosas los rasgos del monarca reinante y de su esposa. Adulación de alto gusto era representar á Apolo con un parecido á Octavio ó de consagrar á éste las estatuas del bello Apolo. Los divinos Césares, tales como Calígula y Heliogábalo, los divinos Césares no morían, sino que entraban en apoteosis. ¡Y cuántos cabosos negrillos, cuántos sulucas color de café con leche merecen de los pueblos ser tenidos por verdaderos dioses! Dios es el rey de Loango, que ordena al rayo y á la lluvia. Su gran tío, de la parte materna, creó el cielo con su multitud de estrellas; la Tierra con el mar, los montes y los ríos. Al cacique que en 1729 reinaba en un bosque del Marañón, un misionero, diciéndose embajador del gran Dios de los cristianos, le enseñaba un crucifijo: «¿Qué he de hacer yo con tu Dios pálido? Yo soy dios mismo, el Hijo del Sol. Cada noche mi espíritu viaja desde la tierra al cielo, donde me consagra á la administración del universo» (1). Este sujeto creía en su propia divinidad. Uno de sus compadres, pontentado en cualquier rincón del Magdalena, contaba seriamente cómo había creado el mundo.

«El Dios que adoran en California es distinto en cada poblado. Ellos mismos eligen un viejo indio que elevan luego á tan alta dignidad para obtener la lluvia ó tiempo favorable á la recolección ú otros trabajos... Le ofrecen sacrificios, las primicias de la cosecha ó piezas de caza. Cuando hay guerra, colocan al viejo sobre un montículo en medio de un cercado hecho con maderos fuertemente unidos, y al cual penetran por medio de un subterráneo, cuya abertura está situada á

(1) Bastian, *Culturlaender America*.



unas quince varas de la empalizada, de modo que están en comunicación constante con su dios, al que llevan víveres y defienden contra los ataques del enemigo» (1).

El emperador de Méjico juraba ser Huitzilopochtli sobre la tierra, y que hacía brillar el astro del día, alimentar los barrancos y correr los ríos; él daría ricas y abundantes mieses (2). Los príncipes de los antaimures, un Malgacha (de Madagascar), tiene la complacencia de hacer crecer los bosques, y es á él á quien las ovejas deben lo que son. El jefe de Ouiddah explicaba: «Yo soy igual á Dios. Tal cual me veis, yo soy todo su retrato» (3).. Más modesto Oppokou, el rey de los aschantis, declaraba: «El Dios del cielo es tal vez un poco más poderoso que yo» (4).

A esos prodigiosos y miríficos señores, no les era inferior en un pelo el Gran Natchez de la Florida. La confederación que él tenía el honor de presidir, era gobernada por alta nobleza, orgullosa oligarquía compuesta de quinientos guerreros, cada uno de los cuales, por su bella apostura, por sus hazañas de caza y sus altos hechos de guerra, había demostrado ser de raza solar. Ese medio millar de héroes gravitaba alrededor del Gran Sol, centro de las constelaciones y jefe de los pueblos. Y cada mañana el Rey de los reyes, jefe del Empíreo, salía de su tienda, saludaba amigablemente los cuatro puntos cardinales; cumplimentaba Notus y Boreo, Euros y Céfiro. Se colocaba sobre la roca que le servía de trono. Cañaheja en mano, esperaba que Febo hiciese su aparición, le saludaba con la mano y hacía ademán de cederle la pipa para que se

(1) D. Pedro Fages, *Viaje á California*.

(2) Gomara.

(3) Alleu.

(4) Bastian, *Voelkerpsychologie*.

dignase dar unas cuantas chupadas. Luego, sereno é imponente, le señalaba el camino que debía seguir de Oriente á Occidente, añadiendo: «¡Entiendes, sol! ¡Cumple con tu deber! ¡No te detengas ni atrases! ¡No te desvíes á derecha ni á izquierda! ¡Salud!»

Los civilizados, entre los cuales la creencia en un dios único se debilita de día en día; los civilizados, con la vaga idea de un indefinido Ser Supremo, encontrarán grotesca la pretensión de esos ordinarios reyezuelos y admirarán el necio absurdo de esos miserables todas, que atribuyen á su Gran Quesero los atributos de la omnipotencia. Protestan de la insensatez de que un hombre se crea inmortal, de no creerse sometido á los mil y mil accidentes de la vida cotidiana, á las innumerables fragilidades de la existencia, á todos esos azares que humillan nuestra juicio y disipan los propósitos que nosotros juzgamos prudentes y bien combinados... Todo eso es de concepción moderna. Nuestros antiguos pensaban de otro modo. Se habían acostumbrado á confundir las ideas de orden, de moralidad y de justicia, con las de administración, de gobierno y de poder personal. Según ellos, la Natura surgió del caos, tiende á volver al desorden inicial y sólo por una voluntad superior se hizo el orden y se mantiene. Los hombres parece ser que sólo eran capaces de arrastrarse por los excesos y encenagarse en el crimen si no fuera por los monarcas que reprimen la concupiscencia y las violencias, imponiendo á las naciones el freno de las leyes. En esas concepciones, no es siempre fácil distinguir entre el dios que delega sus poderes al hombre, y el hombre que recibe de dios sus poderes. He aquí porque la doctrina india enseñaba que Indra no llueve en un reino que ha perdido á su monarca. Ulises, el prudente Ulises, explicaba á la juiciosa Penélope: — Bajo un príncipe virtuoso, la tierra se llena de cebada y de trigo en abundancia, los



árboles se cargan de frutos, las ovejas pueden ser varias veces tonsuradas y el mar se llena de peces. Un buen director nos puede producir todas esas dichas (1). Tal es también la opinión de los chinos, que tienen á los emperadores por responsables de las sequías y de las inundaciones, de los vientos y de los hielos.

¿Pero bien meditado, nuestros civilizados actuales se forjan, sobre el principio de autoridad, ideas sensiblemente superiores á las de los salvajes? ¿Los teóricos del derecho divino no han emitido la fórmula de que el príncipe lo puede todo, todo absolutamente? ¿Y sus rivales, los filósofos del derecho constitucional, no han erigido en axioma la expresión de que su rey es como una balanza incapaz de error y culpa? ¿Y á qué hablar del pontífice que reside en el Vaticano? ¿No tenemos nosotros la ventaja de poseer en cada capital de provincia magistrados incapaces de condenar á un inocente y de pronunciarse contra la verdad y la justicia? ¿La impecabilidad é infalibilidad de que gozan, no constituyen, acaso, la esencia de la divinidad? Después de todo, la infalibilidad en materia de leche y de crema no es menos racional que en materia de dogma y de responsabilidad moral. Las inadvertencias del quesero, si en alguna cae, tienen menos funestas consecuencias. En todo estado de causa los montícolas de los Nilgherris dicen lo que creen, y creen lo que dicen. La definición que de la religión hacen es de una ruda sencillez, y nuestros espiritualistas debieran medir la profundidad; pero no, extienden agua y más agua, la dilución de las diluciones, que fué en otro tiempo la antigua ortodoxia. Del mismo modo interrogado un toda sobre la religión de los curumbas, contesta:

«¡Cómo! dice levantando los hombros. ¿Esos cu-

(1) *Odiseas*, VIX. 108.

rumbas tienen religión? ¡Esos miserables no tienen vacas y tendrían dioses!»

Por sencillos que sean, no se les reprochará el caer en frívola sentimentalidad. Han comprendido la religión y la propiedad como cosas inseparables; la una hace á la otra; la Providencia cuya funciona como guardia civil de la riqueza y guarda rural de la opulencia. Que no hay dios sino para los ricos. Esta doctrina, si bien se la quiere examinar, es antigua y universal. Los greco-romanos la hicieron piedra angular de la ciudad antigua; y ellos compartían esta convicción con los arias, que decían netamente: «Sin riquezas, no hay sacrificios; sin sacrificios, no puede haber dioses.» Así, pues, ¡adquirid riquezas, hombres! Sólo así podréis ofrecer á los dioses la *soma*, la manteca blanda y la alimentación» (1). Tchanda Gosain es un dios poderoso, dicen los pahasis de Bengala, al que sólo pueden dirigirse los bien acomodados (Daltou). Los karenes ricos excluyen en sus rogativas á los agricultores pobres. «Sin cerdo que comer, sin arak para beber, ¿cómo rogar?» exclamaba un culí chino.

Lo mismo que los cristianos de la Edad media empeñaban á veces sus venerandas reliquias á los usureros judíos; los todas, cuando la escasez los azota, van á pedir á los badagas el grano necesario, dejando en depósito divinidades, contra remesa de vacas con cenorro y de novillos sagrados. El viajero Marshall, curioso por contemplar el tesoro de sus basílicas, corrompió á un dios que había pasado á los inválidos:

«Era viejo, arrugado, acartonado y sucio; no obstante, su mirada austera y sombría, su rígido entrecejo, la máscara inmóvil y solemne indicaba un reflejo de divinidad por largo tiempo ejercida. Yo le invité á comer; bajo la influencia del pan y del azúcar, de-

(1) Wilson, *Vishú Purana*.



licadezas á las que no estaba acostumbrado, su continente se hizo menos severo, se dignó ser afable. A los postres la conversación se entabló:

«—¿Es verdad que los todas adoran al sol?

«—¡Tschak! Esas pobres gentes lo adoran, en efecto, pero no todos. Yo — dijo él levantándose y dándose un golpe en el pecho como expresión de complacencia, — ¿por qué adoraría al sol? ¿No soy yo Dios mismo?»

Y por un ligero estipendio, el ex-primo del augusto Titán se introdujo subrepticamente en el santuario que había llenado con su presencia durante largo tiempo. Prohibiendo que le siguieran, enseñó de lejos los baldes, los jarros, las tazas y las cucharas. No había otra cosa. El indiscreto se vió desilusionado. Pero si le hubiesen hecho entrar en el Capitolio de Roma, si se hubiese abierto ante él el Paladión y la Acrópolis de Atenas ó de Micenas, si le hubiesen introducido en los oscuros santuarios de Tebas y de Argos, no hubiese visto más. Sea lo que fuere, ese Palal que se ciscaba en sus divinos misterios, ese Palal creía en él mismo, tenía fe en su propia divinidad. ¿Y por qué no? Las augustas cualidades que todo el mundo le había reconocido, ¿por qué las hubiera negado?

Con estos fragmentos de informe sería ciertamente fácil, á los hombres del oficio, construir una teología, desenvolver una doctrina bien coordinada. ¿Pero tendrían derecho? ¿Y los todas comprenderían gran cosa del dogmatismo puesto á su nombre? Los primitivos tienen algunas ideas rudimentarias, vagas percepciones morales, religiosas y filosóficas, las cuales, después de haber sido desbastadas, aclaradas, y agrupadas, darían por resultado un sistema ni mejor ni peor que muchos otros, pero ese sistema no lo han elaborado todavía, precisamente porque son aún primitivos.

Los anunciadores del Evangelio penaron durante dos generaciones para inculcar la noción del pecado, predicaron y volvieron á predicar los tormentos del infierno, el diablo y la eternidad de las penas. Pero esas pobres gentes no podían comprender la posibilidad de crímenes irremisibles, y protestaban contra el gusano que no muere nunca y el fuego que no se apaga jamás, contra las rencillas siempre devoradoras, contra los odios que jamás se perdonaban. Como castigos de ultratumba, no han querido aceptar aún más que una ciénaga, donde los pecados serán entregados á sanguijuelas, pero sólo por un tiempo proporcionado á las faltas cometidas. Hasta ahí habían pensado como los badagas, que para deshacerse de sus pecados era suficiente cargárselos á vaca ó toro. ¡Oh, «Espanto de Isaac»! Dios de Bossuet, y tú, Cristo de Calvino, ¡qué ingenuidad! ¡qué ignorancia!

Sin embargo, todos los actos de su vida están impregnados de devoción. El toda se inclina ante el sol que sale por Oriente, se inclina ante la luna, se pone la mano sobre la frente y, cubriéndose la nariz con el pulgar, recita una plegaria que resume sus necesidades y sus deseos, sus afectos todos:

«¡Puedan nuestros hijos crecer y prosperar! ¡Puedan nuestros hombres gozar de salud, y lo mismo nuestras vacas y terneras! ¡Pueda todo el mundo portarse bien y tener lo que desee!»

El espectáculo es conmovedor, dice Marshall, cuando el padre de familia sale á la luz de la luna é implora la bendición del astro, fuente de luz. Antes de empezar la comida, cada uno coge un pedazo, se lo lleva á las sienes y lo consagra diciendo: «¡Mira, Señor!» luego lo deja en el suelo como ofrenda á Bumo-Tay, la Tierra maternal.

Como culto secundario, reverencian á los espíritus, pequeños dioses, patrones de los poblados, protectores